

Ciudad abierta

Ramiro Reig

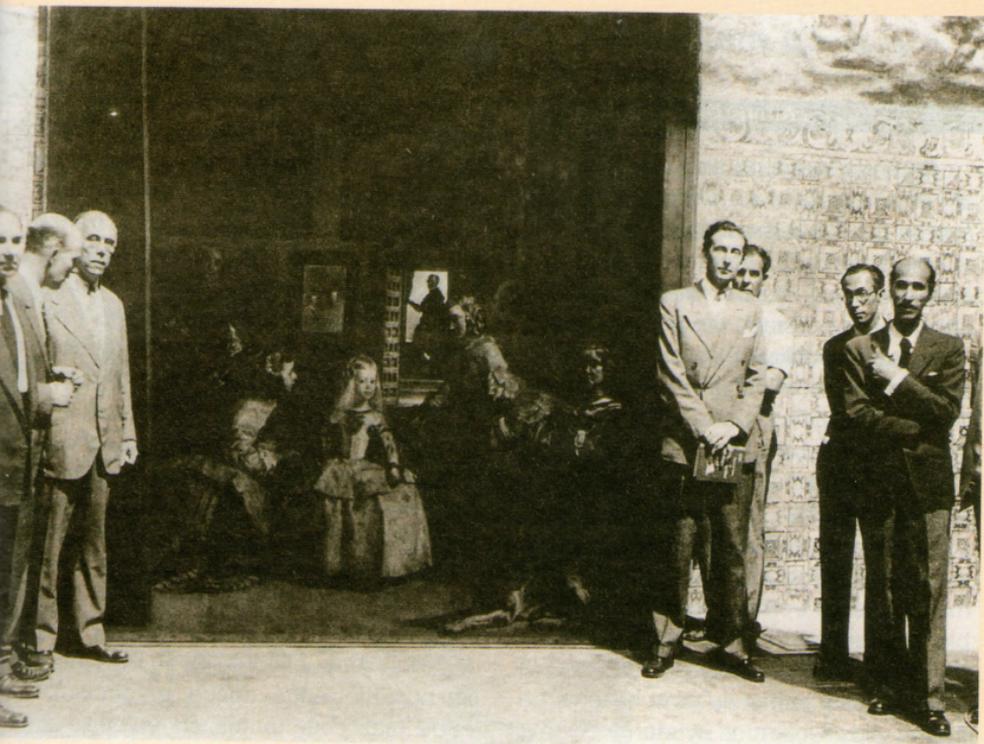


Al anochecer del 6 de noviembre llegó a nuestra ciudad un convoy de camiones, cargados con el material de los ministerios, y algunos coches en los que viajaban los ministros más puntuales. El ejército rebelde estaba a las puertas de Madrid y el gobierno de la República, ante el peligro inminente de caer en sus manos, había decidido trasladarse a Valencia. Al mismo tiempo había previsto la evacuación de niños para llevarlos a colonias alejadas del frente lo cual provocó que numerosas familias, forzadas por la necesidad o impulsadas por el miedo, se unieran a la evacuación. En los días siguientes una riada de gente, aferrada a viejas maletas, con el colchón del abuelo y el cochecito del niño, ocupaba la carretera hacia Valencia esperando ser acogida en la ciudad. La nueva capital de la República les abrió generosamente los brazos sin temor a convertirse en una ciudad de refugiados. Mientras se iban habilitando los ministerios en antiguos palacios deshabitados, se fue colocando a miles de refugiados en chalets abandonados o en las casas de vecinos que se ofrecían a hospedarlos.

La capitalidad de la República atrajo a una gran variedad de tipos con aires de personaje de Le Carré, misteriosos agentes soviéticos con sede en el Hotel Metropol, corresponsales británicos y americanos que acudían a hora fija al Ideal Room, en la calle de la Paz, a

intercambiar información. A principios de Julio del 37 la ciudad se llenó de famosos que venían al Congreso de Escritores Antifascistas y que fueron recibidos calurosamente. La Valencia popular presumía de su amor a la cultura desde que Blasco Ibáñez la rebautizara a finales del XIX como ciudad republicana y libre. En 1898 los casinos republicanos recogieron treinta mil firmas en apoyo de Zola, condenado por defender a Dreyffus. Ver ahora a Neruda, Octavio Paz, Vallejo, Machado, Malraux, Roman Rolland, Ehrenburg y otras muchas celebridades entrar en el Ayuntamiento, donde el presidente de la República les dirigió la palabra, significaba la confirmación de un sueño, aquel en que aparecía Valencia convertida en la Atenas o Florencia del Mediterráneo.

Por unos meses Valencia asumió un papel político nacional e internacional saliendo del tradicional ensimismamiento provinciano. La política de la ciudad, que dominaba sobre la de todo el país, había estado enfrascada durante muchos años en estériles disputas. Azorín, en las crónicas parlamentarias que escribía para el ABC, lo reflejó con malicia en una escena de sainete. *Que vienen los valencianos*. Al correrse la voz, recuerda jocosamente, de que había llegado el turno de palabra a los diputados valencianos y que venían como siempre a contarnos *lo que pasa en Valencia*, se produjo una desbandada y el Congreso se vació. ¿A quién le podían interesar, concluye el cronista,



Depositando el cuadro "Las meninas" de Velázquez proveniente del Museo del Prado, en la iglesia del Patriarca de València.

las peleas de los concejales valencianos sobre si salía o no la procesión? Pero transcurrieron unos pocos años y el sainete se tornó en tragedia, y lo que pasaba en Valencia, capital de la República, interesaba más allá de nuestras fronteras porque lo que estaba en juego era el triunfo de la libertad sobre el fascismo. La política de la ciudad se abrió al mundo.

Lo que más sorprende de aquellos intensos meses es que viéndose la ciudad acosada no respondió, como parecería lógico, cerrándose sobre sí misma sino levantando las barreras. Convirtiéndose en ciudad de acogida, en plataforma de la cultura universal que desde aquí lanzó un llamamiento al mundo para hacer frente a la barbarie, y en lugar de referencia de hombres y mujeres de todas las razas y culturas (de las Brigadas Internacionales y de otras asociaciones de ayuda a la República) que desde aquí marchaban a defender la libertad a nuestro lado.